

ENCARNA

Anna Boluda

Primer premio 'Montserrat Roig'

Martorelles, noviembre 2013

Son apenas las diez pasadas, pero Encarna ya no puede con su alma. Ha sido un día largo y extraño, con escenas confusas y una constante sensación de irrealidad, como si hubiese visto una película en vez de formar parte de ella. A punto de acostarse sin cenar -¿quién puede tragar nada en un momento así?-, Encarna se da cuenta de que no ha echado la llave de la puerta de casa. Busca a tientas las zapatillas bajo la cama y no las encuentra. Hoy no sabe ni dónde tiene la mano derecha. Tampoco le importa.

Mientras el frío de las baldosas gastadas del pasillos le trepa por las piernas -esta primavera no quiere acabar de llegar, piensa Encarna- de pronto es plenamente consciente de lo que está a punto de hacer. Es la primera vez en su vida que será ella quien cierre la puerta de casa por las noches. Antes siempre se había encargado primero su padre, y luego Pedro, su Pedro, desde el día en que la sacó de casa para casarse, hace ya más de cincuenta años, y la trajo a este mismo piso en el que ahora tendrá que vivir sola.

Es la primera vez, de hecho, que Encarna pasará una noche sin nadie. Anoche no durmió aquí, porque con Pedro en el tanatorio de su pueblo, la cuñada, la hermana de él, decidió que era demasiado engorro que uno de los sobrinos tuviera que conducir los poco más de veinte kilómetros para traerla. Y que lo mismo le iba a dar para descansar unas horas antes del entierro, si es que conseguía cerrar los ojos en algún momento, volver a casa o pasar la noche en el *plegatin* de la habitación de invitados. A ella, en realidad, le hubiese gustado estar en aquella sala color caoba con pinta de recepción de hotel, con los sofás modernos de cojines cuadrados y aquella luz de neón descafeinada. Y la urna al fondo con su Pedro dentro, con la corbata verde y tan bien repeinado. Pero se ve que ya no estila eso de velar al muerto toda la noche.

Cuando Encarna llega al final del pasillo, un sudor frío y metálico le recorre la espalda, y un peso intenso se le instala sobre los hombros. Tendría que encender la luz del recibidor, pero no tiene fuerzas para encararse con la imagen del espejo. A oscuras, encuentra el llavero y poco a poco, con una parsimonia exagerada, echa el pestillo en silencio. Como siempre ha visto hacer, saca la llave y la sopesa dentro de la mano cerrada. Ara es toda suya. Sólo suya.

¡Ay, Pedro!, ¿qué haré yo ahora? Estoy que no me encuentro. Es que son muchos años, ¿eh, Pedro? Más de cincuenta que hicimos de casados, hace dos meses y pico. Que no lo celebramos, porque yo ya sé que a ti no te han gustado nunca esas cosas, y tampoco nos hemos podido permitir nunca ningún lujo, pero no pienses que no lo tenía yo en mente aquel día, desde que me levanté de buena mañana a prepararte el desayuno y hasta que me fui a la cama. Que tú no me dijiste nada, pero yo sé que tú también te acordaste. Cincuenta años en esta casa y a tu lado. ¿Y ahora qué, Pedro?

Es que no sé ni porqué me levanto por las mañanas. Sin ti ya no tengo razón de vivir. Ni nada que hacer. Si hubiésemos tenido hijos, ahora quizá tendría nietecitos y les llevaría a merendar, y les haría pasteles. Pero como no pudimos, ya me dirás tú para qué tengo que entrar en la cocina. Si yo con cualquier cosa me apaño, el día que tengo hambre, que muchos ni ganas de hacerme la comida tengo. Y el resto del tiempo voy como alma en pena, pasillo arriba, pasillo abajo. Y, como si quisiera enfatizarlo, Encarna da media vuelta al llegar al recibidor y vuelve a ir pasillo arriba. Pero algo tendré que hacer, porque hace una semana que te enterramos, y yo aún no he salido de casa. Y algún día tendré que hacerlo, porque ya no me queda ni un mendrugo de pan en la despensa, y se me está acabando el *sintrón*, y tengo que ir a por la receta. Claro, que primero tendré que pasar por el banco,

porque del último dinero que me diste para pasar la semana ya no me queda prácticamente nada.

Ay, señor, yo al banco. ¡Si no sé ni por dónde se entra! Como siempre te encargaste tú, de estas cosas, que yo a ver para qué me tenía que preocupar, me decías. Y debías tener razón, pero ¿ahora qué, Pedro? Tendría que ir a un gestor de esos que dicen, que yo no me sabré aclarar con los papeles. Pero eso debe costar mucho dinero, ¿verdad, Pedro?, y yo no sé si lo puedo pagar. Siempre hemos ido tan justos... Tengo unos ahorrillos al fondo del armario de los abrigos, donde he ido guardando lo que podía dentro de un zapato viejo, por si alguna vez teníamos una emergencia. Pero no sé si me llegará. Yo sólo sé lo que valen las cosas del mercado. Y cada día están más caras.

Cansada de esta media maratón doméstica, Encarna se sienta en la mesa camilla y se cubre las piernas con las mantas de la mesa. De camino ha estado a punto de encender la estufa catalítica, pero finalmente se ha contenido. Y continúa su diálogo incontestado con el único interlocutor que conoce, aunque no le ofrezca respuesta. Pero lo que más me espanta no es eso, Pedro, no. ¿Cómo llenaré las horas del día? Porque, quieras que no, compañía nos hacíamos. Tú un poco a la tuya, de toda la vida, y yo procurando que no te faltara de nada, dentro de lo que nos podíamos permitir con tu paga, y que lo tuvieras todo como a ti te ha gustado siempre: el desayuno en la mase justo cuando acababas de afeitarte, los pañuelos bien planchados y con las iniciales bordadas en una esquinita, las corbatas y los zapatos alineados dentro del armario y un cenicero a mano en cada rincón de la casa, sin dejar nunca que se te llenaran del todo, que tú no te dabas cuenta y aún no sé como no tuvimos nunca un incendio.

Y, casi sin querer, Encarna atrapa con fuerza el paquete de Celtas que aún está sobre la mesa, en el sitio donde siempre lo tenía Pedro, y el crujido del celofán

esconde el grito ahogado que acompaña unas lágrimas redondas como guisantes que le corren mejilla abajo.

El día después de San Juan, Encara contempla embobada las cortinas nuevas que hace un momento le han colgado los muchachos de la tienda de Conchita, la de ropa de casa de dos calles más abajo.

Ay, Pedro, mira que hacía tiempo que se me iban los ojos cuando veía en el escaparate esas telas modernas que hacen ahora, harta como estaba de esos cortinones oscuros de terciopelo que tenían más años que la tos, y con ese fuerte olor sin edad de tabaco impregnado. Pero como no nos podíamos comprar nada, ni intención tuve de comentártelo nunca. Pero cómo me la jugaste, Pedro. Y qué susto cuando los hombres aquellos del banco me dijeron lo que había en la libreta. Jo pensaba que se habían equivocado. A ver, si siempre me decías que no teníamos ni un duro y me los dabas con cuentagotas. Y resulta que te pasaste la vida ahorrando como una hormiguita, vete a saber para qué. Porque eso es lo que peor me sabe, que no lo has podido aprovechar. Con la de cosas que hubiésemos podido hacer, Pedro, sobre todo desde que te jubilaste. Todo el día encerrados en casa, con lo que me a mí me hubiese gustado salir a pasear. Y hacer un viaje, Pedro, que aún me lo imagino, si hubiésemos ido a un viaje de esos de la tercera edad que dicen, que los llevan a un hotel que ni se tienen que hacer la comida ni nada. Pero tú no querías ni oír hablar del tema, con esa teoría tuya de que el imsero es un complot para accidentar los autobuses y dejar de pagar unas cuantas pensiones. Que ya me dirás tú de dónde te lo sacaste. Porque bien que se lo pasan, y por la noche tienen baile y todo. A mí de siempre me ha gustado bailar, pero contigo, ya me dirás. De novios, y con la orquesta que venía por las fiestas del barrio, aún bailamos aún día – y qué apuesto que estabas, acabado de volver de servir y con la ropa de los días de fiesta-, pero poco más. Yo pensaba que de casados haríamos más cosas, pero tú

eras tan cerrado y tan tuyo... Ay, si supieras, Pedro, la de días que he bailado yo sola agarrada a la escoba en medio de la cocina cuando ponían música en la radio, mientras hacía la cena. Suerte que no me viste nunca, que no sé qué te hubiera pasado por la cabeza...

Encara sale a la terraza y empieza a regar las plantas nuevas repletas de flores que ahora, por primera vez, cuelgan a lo largo de la barandilla. Con mucho cuidado, arranca las hojas muertas que ve aquí y allá, y continua su discurso, pero ahora bajito, por miedo a que las vecinas la escuchen hablar sola.

Claro, que suerte de ese dinero, mira, que tanto no me hace falta, pero bien que me viene ahora, porque si tuviera que vivir sólo con la pensión de viuda, ni los gastos de la casa podría pagar. Ahora no me tengo que preocupar por eso, pero tampoco te creas que hago mucho gasto, ¿eh, Pedro? Para qué, sola como me has dejado. Si tu aún estuvieras sería otra cosa. Y ahora en verano, con los días tan largos, que sabe mal irse a la cama antes de hora a ver si ya se acaba hoy y llega mañana, aún te echo más de menos. Es normal. Me lo han dicho en el grupo de duelo al que me ha enviado el médico de cabecera. Allí hablamos de estas cosas. Bueno, hablan. Yo más bien escucho y callo. Pero mira, un día a la semana que tengo ocupado. Allí me dicen que tengo que seguir adelante, que hay que tener nuevas ilusiones. Ya me dirás qué ilusiones tendré yo ahora a mi edad y sin familia ni nada. Como tu hermana, desde que quedó claro que no podríamos tener hijos, me dejó de tratar como cuñada, que como quien dice ni me ha hablado en todos estos años, y sus hijos ni me decían tía de pequeños ni nada, familia es como si no tuviera.

Como si yo lo hubiera hecho queriendo, lo de no tener hijos. Pero si no podíamos, no podíamos. Que ella siempre dijo que debía ser cosa mía, y mal que me sabía que lo dijera, porque si era por ti o era por mí, eso nunca lo sabremos. En aquellos tiempos no hacían esas cosas modernas de ahora de la probeta o vete a

saber qué, ni se estilaba encargar niños al extranjero. Lo de adoptar era para los ricos y no quieras saber de dónde las sacaban, a las criaturas. Y yo me hice a la idea, Pedro, y tampoco te creas que lo he echado tanto de menos. Pero ahora que estoy tan sola en la vida, qué quieres, me viene a la cabeza. Con un suspiro, mira el reloj y vuelve a entrar dentro de casa. Ya es casi la hora de cenar. Un poco más y habrá pasado otro día más sin él. Y el otro

Qué poca vergüenza, Pedro, qué poca vergüenza. Se ve que tu hermana conoce a la prima del empleado del banco, y cuando se enteró de eso del dinero, le faltó tiempo para hacerse la simpática. Nueve meses sin llamarme ni para ver si estaba viva y, de pronto, me anuncia que vendrán a dinar por Sant Esteve, como cada año. Que aunque tú ya no estés, los niños querían venir. Y con eso ya me lo olí, Pedro, ya. ¡Los niños, dice! ¡Si los dos pasan de los veinte! Eso sí, sin oficio ni beneficio ni ganas de encontrarlo que tienen ninguno de los dos. El mayor que cada año te hacía creer que estudiaba para policía y no llegará ni a discoteca de barrio. Y el otro con las greñas colgando y los ojos esos que traen de fumar vete a saber qué cosas. Ahora dice que quiere ser veterinario. Como se ve que lo han echado de la escuela de abogados esa a la que iba... Total, que aquí se plantaron los tres. Y el plato de canelones no les faltó, no. Y turrone y todo que les puse en la mesa.

Pero al acabar de comer, cuando tú acostumbrabas a darles el aguinaldo, que para eso venían a verte, no nos engañemos, se han quedado con un palmo de narices. ¿Eh que nunca se han hecho pasar por sobrinos míos? Pues ni un euro les he dado. Es que ni se lo he mencionado. E iban pasando los minutos y ya no sabíamos dónde mirar, ni ellos ni yo. Y al final tu hermana ha explotado.

Encarna ajusta el termostato de la nueva calefacción y se deja caer en el silloncito.

¡Pues no va y dice ahora que para qué quiero yo el dinero! Que a sus hijos sí que les vendrían bien, y que porque te fuiste así sin poder haberlo dejado arreglado, pero que seguro que tú lo guardabas para ellos. Pues la tienen clara, mira lo que te digo. Con un portazo tremendo que salieron los tres cuando vieron que yo no pensaba ni contestarles. Eso lo aprendí de ti: cuando una conversación no te interesaba, te hacías el sordo y ya está, bien que te lo notaba yo enseguida y sabía que no tenía nada que hacer. No iba a saberlo, si me lo hacías día sí, día también. Pues ahora igual. Si quieren algo, se tendrán que esperar a que llegue la herencia. Y vete a saber si ni me miraré una caridad de esas a la que dejárselo todo cuando llegue el día, que seguro que le sacarían más provecho que los crápulas de tus sobrinos.

Ay, que ya llegan las campanadas. ¿Has visto, Pedro? Este año por todo lo alto. Aquí solita, pero lo pienso celebrar igual. Después de verles las intenciones decidí que iba a pasar una nochevieja como toca. Y qué cara se le quedó al carnicero cuando le dije que no me pusiera los bistecs para rebozar de siempre, que quería un entrecot de lo mejor que tuviera. Y gambas rojas me he comprado. Y mazapanes de los más caros. Que sólo se vive una vez, Pedro, y cuando menos te los esperas eso se acaba. Ya van, ya van. Feliz año, Pedro, allá donde estés.

Ayer Encarna fue al cementerio. Como hizo por Todos los Santos, y un poco antes de navidad. Cuando toca. A ella, en realidad, no le gusta nada ir: se acuerda de Pedro a su manera, cada día, y a todas horas, con las cosas buenas y las no tan buenas que le hacían ser como era. Y esa foto ya medio descolorida que la cuñada se empeñó en poner le parece de otra persona. No es ella mucho de mirar las fotos. Se acuerda más de su presencia, del volumen que ocupaba en la mesa, de la voz grave y autoritaria, de la forma que tenía de abrir la puerta, del sonido de sus pasos, de la tos ronca que lo despertaba todas las madrugadas. Y de su olor. Bueno, del

olor ya no mucho, si lo piensa con detenimiento: será que eso se olvida más rápido, o será que ya empieza a fallarme la memoria, reflexiona.

Aún así ha ido al cementerio, como toca, porque sabe que ahora que hace un año, las del pueblo irán a pasar revista. Y prefiere que no puedan criticarla. Al menos, no por haberse descuidado de llevar unas flores y tener la lápida bien limpia. Un año ya, cómo pasa el tiempo. Parece ayer, o hace una eternidad. Y ella no creía que se acabarían los días aquellos de no poder ni comer, ni casi dormir, ni que aprendería a convivir con ese vacío inmenso al otro lado de la cama, aquel vacío que la hacía volver a la realidad en cuanto abría los ojos cada mañana, aquel vacío que la despertaba de golpe y le destrozaba los sueños. Porque al principio soñaba. Dormía poco pero soñaba mucho. Soñaba mucho y a menudo, con Pedro. Con Pedro vivo. Haciendo cosas de vivo. Hasta juraría que un día hasta vino a verla. Que no puede ser, ja sabe ella que estas cosas no pasan, pero si le hubiesen dicho que pusiera la mano en el fuego, no hubiese tenido miedo de quemarse. Y ahora ya hace un año. Y ya duerme más tranquila. O duerme, por lo menos. Por eso hoy no se ha descuidado de poner el despertador, porque hoy no puede llegar tarde.

El sol ya calienta la mesita de la cocina mientras desayuna el café con leche y magdalenas. Cuando acaba de fregar el plato y la taza, echa por el desagüe el poquito de leche que quedaba en el envase y dobla cuidadosamente el *tetrabrik* antes de tirarlo a la bolsa de basura que acabará en el contenedor amarillo. Echa un vistazo general a la cocina desde la puerta y vuelve a entrar: quedaban unas miguitas encima de la mesa. Ahora sí, ahora ya está todo a sitio. Se la ve nerviosa, pero segura. Repasa las persianas de todas las habitaciones, que queden bien bajadas. Se lo repiensa y sube la del comedor un par de palmos, por las plantas. Comprueba que están bien regadas. Y ahora sí, se dirige hacia la puerta de casa. Baja en el ascensor los cuatro pisos que la separan de la calle y camina con un poco de prisa, mirando el reloj cada cuatro pasos.

Ay, Pedro, si me vieras. Atrevida, me dirías. Y más cosas que no quiero ni pensar. Pero, ¿sabes qué? Que ahora mando yo. Que tú ya no estás. Y que no me quiero quedar sin probar cómo es eso.

Al girar la esquina ve lo que intenta ser una cola de gente pero es más bien un enjambre de codazos para ponerse el primero. En la parte de arriba del parabrisas del autocar, un rótulo luminoso de puntitos rojos indica: "Benidorm". Encarna se acerca con su maletita nueva. Dentro lleva unos zapatos de bailar. Por si acaso.